

con sus conchas en las caperulas; y de leprosos que para atraer ó alejar al viandante, tocaban sus esquilas en los caminos, mientras todo el orbe, desde el montículo papal, temblaba por el advenimiento de lo Extraordinario.

* * *

Como Galicia ha sido una de las regiones Santuarios del Mundo, tiene una inmensidad de infinito flotante y de religiosidad imperante en que podía bien anclar este fundamental artista. Todo eso legendario de Compostela; todas las sendas de fe que han ido abriendo generaciones de generaciones por siglos de siglos; todo el creer de la labriega que sabe los decires de las brujas; las apariciones particulares ó numerosas; el hablar de las piedras para quien las entiende, como el de los árboles en la sombra para quien los oye; todo lo que la circunstante naturaleza tiene en esa región de España, está en la obra de Valle-Inclán. Pero—y aquí viene mi cita de Shakespeare—adquiere por la virtud genial una expansión absoluta. Y el marqués de Bradomin se irá por todas partes, sin marca

de fábrica francesa ó sin estampilla escandinava, respirando con más placer y dignidad, antes que los perfumes forasteros, los del gran botafumeiro de su catedral.

* * *

Ahora empieza la serie de LOS CRUZADOS DE LA CAUSA. Novelas carlistas. No hay nada comparable sino LOS CHOUANS, de Barbey. No he visto más adorable Cervantes, sin esperar nada del palacio veneciano de Loredán y del apartamento de París. El cree, él ve la epopeya, que lo fué estupenda, en aquel encuentro largo de leones, de una y otra parte. El cree, y sobre todo, sabe porque está documentado, como en todo. Es esta campaña de ideal de que no se han dado cuenta aquí. El viejo león, Galdós, debía haber hablado ya y decir quién viene después de él. No para dejarse devorar, como en ciertas tribus, sino para que se le respetase más.

Y conste que hoy yo amo y respeto á don Benito, casi ya lapidariamente maestro.

RUBÉN DARIO.

Y todo pasó así

... Y todo pasó así: al caminar
Apartados del grupo, muy unidos,
Sofrenando del pecho los latidos
Y del labio aquel tierno balbucear;

Fijé en sus pardos ojos el mirar
De mis ojos por sombra circuidos
Y le dije — te quiero — entre gemidos
Con un acento triste y singular.

Su pecho alzóse en hinchazón pausada;
De sus labios la nota no esperada
Sembró en el mío amargo desconsuelo;

Y desde entonces con el alma rota
Espero siempre una alegría ignota
Que ha de llegarme, puede ser, del cielo!

FERNANDO SILVA VALDÉS.